

DE LA NATURALEZA MÁGICA Y MISTERIOSA DE LOS LIBROS

M^a José Flores

Día Internacional del Libro • 23 de abril de 2019

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Texto adaptado a Lectura Fácil por la OACEX

DE LA NATURALEZA
MÁGICA Y MISTERIOSA
DE LOS LIBROS

M^a José Flores

© Junta de Extremadura

Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura
Mérida 2019

Del texto: M^a José Flores

Depósito Legal: BA-190-2019

ÍNDICE

De la naturaleza mágica y misteriosa de los libros.....7

*De la naturaleza mágica y misteriosa
de los libros adaptado a Lectura Fácil*  11

DE LA NATURALEZA MÁGICA Y MISTERIOSA DE LOS LIBROS

“Por allá, estas cosas que te cuento sucedieron por allá”, añadía siempre la abuela Dolores, la madre de mi madre, a las fascinantes historias que me contaba (cómo olvidar aquel íncipit: “Ella, la otra, era una moza alta y airosa como una galera”; o las palabras de aquel otro personaje que replicaba polémico: “¿Y sabes qué te digo? Que a mí no me vengas con libros de caballería”).

Y ese “por allá”, que fue abriendo mis sentidos al espacio de la narración y de lo maravilloso, y que me llevaba lejos, muy lejos, fue el principio de todo. El inicio del gran amor que me liga desde entonces a lo que, con los años, aprendería a llamar literatura.

Y al evocarlo ahora, no puedo evitar recordar a la niña que fui.

Me veo de nuevo, como entonces, en el patio de mi casa, a la hora de la siesta, sola, leyendo, mientras todos dormían y el calor me cercaba como un animal enfebrecido. Ajena a todo lo que no fuera estar sentada en el umbral, el libro apoyado en las rodillas, los ojos abandonados a la inmensidad de aquellas páginas que parecían abrirse y abarcar en sí toda la extensión del patio, de la casa, del pueblo, de cuanto era capaz de pensar o imaginar. Prendidos del estupor, del asombro ante aquellos mundos que aun sin existir –porque eran solo palabras, renglones, páginas– existían, y con más fuerza, con más autenticidad incluso que lo que me rodeaba, como si la verdadera vida estuviera no en lo real, por llamarlo de alguna manera, sino en aquellas líneas maravillosas que me hechizaron por completo, y que, de algún modo, hicieron de mí lo que soy: “Yo quiero escribir así. Yo, algún día, quiero llegar a escribir así”, me decía, con el corazón rebosante de dicha y de envidia.

Y descubrí también que los libros, que habían entrado en mi vida y en mi alma para quedarse, eran, son, bastante más que un “Conjunto de muchas hojas de papel u otro material semejante que, encuadernadas, forman un volumen”, según los define el Diccionario de la Real Academia. Porque su naturaleza,

tan similar a la de los seres vivos –yo los siento latir y respirar, escucho sus susurros y sus gritos ¿no os sucede también a vosotros lo mismo?– pertenece al mundo subyugador del prodigio.

Y porque son prodigiosos, son capaces de evocar el ardiente, el espeso rumor de la vida, y son capaces también de inventarla.

Los libros nos emocionan y nos confortan. Nos distraen de nuestras preocupaciones y nos divierten, con la sapiencia bondadosa del humor. Y son los más extraordinarios y fieles compañeros –qué terrible a veces la soledad, ¿no?, y qué consuelo saber que mientras existan los libros, al menos uno, nunca estaremos solos. Al menos, para mí, lo es–.

Nos permiten viajar en el espacio y en el tiempo, pero también a otras mentes y a otros corazones. Crean mundos exóticos y peregrinos, pero pueden asimismo desvelarnos, y a menudo lo hacen –y es a mi parecer una de sus más admirables cualidades– eso que siempre hemos tenido delante y en lo que nunca hemos reparado, eso que no hemos sido capaces de ver.

Y porque encierran en sí todo lo que somos (nos hablan de la fragilidad y del heroísmo, de lo terrible y lo cruel, pero también de lo noble y lo bello, de la hermosura y la pureza), nos ayudan a comprender cuál es nuestro lugar en el mundo. Y nos ayudan a adentrarnos en el mayor de los enigmas, en nosotros mismos, haciéndonos más conscientes y, por ello, más capaces de ser libres: qué curiosa, ¿verdad?, la cercanía, la similitud entre el adjetivo “libre” y el sustantivo “libro”. Aunque, a lo mejor, no es tal casualidad.

Y es que hay pocas cosas más peligrosas, más incendiarias que los libros. Por eso los amantes del pensamiento absoluto, único, sea político o religioso, del fanatismo y de las dictaduras, los temen, los odian, y los reprimen. Y temen, odian y reprimen a los escritores.

Y, por la misma razón, educar para la lectura, impulsarla, favorecerla, es trabajar para la libertad y la felicidad, y también para la verdad. En favor de esa verdad radical y profunda, la verdad de lo que somos, que, paradójicamente, solo el arte –a través de sus aparentes, solo aparentes “mentiras”–, es capaz de desvelar y de ofrecernos. Porque la imaginación es capaz de llegar adonde no llega el intelecto, mucho más lejos, y más profundamente.

La literatura, la lectura y la escritura son también una forma privilegiada no solo de conciencia, sino de experiencia y, por ello, de existencia: los poemas, los libros multiplican nuestro existir a lo largo y a lo ancho: nos permiten vivir, y sentir, otras vidas, innumerables, distintas, con sus aciertos y sus errores, con sus alegrías y sus tristezas.

Y página a página, verso a verso, dibujan, trazan el mapa de lo que somos, el perfil de un rostro que es el nuestro y, al mismo tiempo, el de todos. El rostro también de ese animal esquivo y solitario que repite paciente, incansable, nuestros gestos; entre ellos, uno de los más extraordinarios, casi milagroso, aunque tendamos a olvidar la gran suerte que tenemos de poder hacerlo y lo demos, como tantas otras cosas, por descontado: el de abrir un volumen y entrar en él como quien entra en un bosque, en un espacio único, en un territorio ignorado.

Y son sabios los libros: nos enseñan que la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía, según dijo entre lágrimas Sancho a don Quijote. Que uno puede despertarse una mañana, como Gregorio Samsa, convertido en un insecto repugnante, en un escarabajo, y seguir siendo y sintiendo, y seguir amando la música, esa suave melodía del violín que tocaba su amada hermana Grete. Que hay miradas quietas como de aguas detenidas, pupilas donde todo ha sucedido ya y que se te ofrecen desde una lejanía honda e insondable, y otras que conservan aún intacto todo el brillo y la transparencia de lo reciente, y que se derraman y hasta te salpican con su frescura y con su asombro. Que las palabras son sanadoras, que curan a quien las escribe y a quien las lee, y que contar historias alarga la vida y hasta puede llegar a salvarla, como nos enseña Sherezade. Que las cenizas en las que se acabarán convirtiendo nuestros cuerpos mortales pueden tener una razón de ser si hemos amado, si hemos tenido el valor de amar. Sí, “serán ceniza mas tendrán sentido /polvo serán, mas polvo enamorado”, que diría Quevedo. Que aun sin ser ni honesto ni piadoso, un hombre puede ser valiente, y llamarse, además, Alatríste. Que son ríos nuestras vidas que van a dar en la mar, y que llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos. Que tiritan, azules, los astros a lo lejos y que volverán las oscuras golondrinas en nuestro balcón sus nidos a colgar. Que todas las familias felices se parecen unas a otras, mientras que las infelices lo son cada una a su manera. Que se puede ser verdugo y, al mismo tiempo, víctima, y no ser malvado: “yo, señor, no soy malo”, le dirá Pascual Duarte al juez y nos dirá a todos. Que para evocar la infancia, a veces basta solo el recuerdo de un patio de Sevilla y de un huerto claro donde madura el limonero. Que a quien revelas tu secreto das tu libertad, y que más vale el disfrute de las riquezas que la posesión de ellas, según dejó dicho la sabia Celestina. Que la cebolla es escarcha, escarcha cerrada y pobre. Que las tinieblas tienen corazón y la tierra un centro al que viajar. Y que todo dura en la vida lo que pueden durar una caricia o un golpe, unos instantes, unos pocos instantes o para siempre.

Sí, son sabios los libros y, además, generosos. Tanto, que permiten que cada uno de nosotros los lea a su manera, que los interprete en un modo distinto, que los sienta de una forma diferente (y cuanto más nobles y más sabios son, más libres nos dejan); es más: en cada momento de nuestra vida podemos leerlos y, de hecho, lo hacemos, de forma diversa, porque nos hemos convertido en “otros” y los libros, como un nítido espejo, nos reflejan.

Y es que el texto –y qué mayor magia, qué mayor maravilla– es siempre el mismo, pero, a la vez, no lo es; está escrito, está acabado, y no lo está –parece cosa de encantadores y de hechizos ¿no?–, y vive, existe solo a través del lector, de su curiosidad y su pasión, de su mente y sus sentimientos, que iluminan sus páginas, que les dan voz y vida. Sin el lector, serían solo una serie de signos grabados en el papel, de marcas, de renglones. Nada más. Solo eso.

Y los lectores no deberíamos olvidarlo. No deberíamos olvidar que somos necesarios para los libros, que también ellos nos necesitan. Y que depende de nosotros, de cada uno de nosotros, que la magia de la literatura –de la poesía, de las novelas, del teatro y de los cuentos– no desaparezca, que no se pierda.

Tenemos que escucharlos, que aprender a escucharlos, y tenemos que custodiar su verdad y su secreto. Sin olvidar nunca que son ríos hondos y de un caudal inagotable; aguas que escapan a nuestras manos y que solo podemos vislumbrar, entrever, cálidas y profundas, esencialmente misteriosas. Porque nada hay que encierre mayor misterio que lo real y lo tangible, eso que puedes ver y tocar, y aun viéndolo y tocándolo, sabes que nunca llegarás a poseerlo, ni a desvelarlo, como no se poseen, ni se desvelan, un cuerpo, una piedra, o un libro.

Uno de esos libros que cuando acabamos de leerlos y los cerramos, todavía con la emoción en los ojos o una sonrisa en los labios, nos llevan a pensar –y no deja de resultar curioso– en lo mucho que la vida acaba pareciéndose siempre a la literatura.

Elogio

De la naturaleza mágica y misteriosa de los libros



Adaptación a Lectura Fácil del texto de M^a José Flores

Texto adaptado por la OACEX

Este texto es un elogio al libro con motivo del Día Internacional del Libro.

Esto quiere decir que es un texto escrito como reconocimiento a los libros.

Este documento está en Lectura fácil.

Algunas palabras difíciles están en **negrita** y con un asterisco *.

Estas palabras difíciles están explicadas en cuadros al lado del texto.

El texto original lo escribe la escritora

María José Flores Requejo

Esta adaptación la ha realizado

Rosa Antolín. Técnica de la OACEX

La validación la han realizado

Joaquín González y

Lara Gijón

Elogio día del libro

De la naturaleza mágica y misteriosa de los libros

Mi abuela Dolores era la madre de mi madre.

Mi abuela siempre me contaba historias y me decía:

- Las cosas que te cuento sucedieron por allá.

No puedo olvidar aquellas palabras

que mi abuela me decía:

- Ella era una moza alta y airosa como un barco.

O la frase del otro personaje:

- ¿Sabes qué te digo?

Que a mí no me cuentes libros de caballería.

Ese “por allá” que decía mi abuela

fue mi inicio en la narración.

Ese “por allá” me llevaba lejos al imaginar esas historias

y fue el inicio de todo.

Mi inicio en la literatura.

Al pensar en ese momento recuerdo a la niña que fui.

Me veo en el patio de mi casa en la hora de la siesta.

Estaba sola y me ponía a leer.

Todos dormían

y yo me sentía ***enfebrecida** por el calor.

Concentrada en estar sentada en la puerta
con el libro en las rodillas

y con los ojos en las páginas que parecían abrirse
en el patio, en la casa y en el pueblo.

Se extendían por todo lo que era capaz de imaginar.

Prendidos de aquellos mundos imaginarios
que hicieron de mí lo que soy hoy.

Yo entonces decía con envidia:

- Yo quiero escribir así.

También descubrí que los libros habían entrado
en mi vida y en mi alma para quedarse.

Los libros son más que un conjunto de hojas
de papel encuadernadas.

Así los define el Diccionario de la Real Academia.

***enfebrecida:**
mover por
la pasión o la
imaginación.

Yo siento que los libros tienen vida.
Siento que los libros laten y respiran.
¿No lo creéis vosotros también?

***prodigio:**
algo fuera de
lo normal.

Los libros pertenecen al mundo del ***prodigio**.

Los libros son prodigios
y pueden recordar la vida
y también inventarlas.

Los libros nos emocionan y nos confortan.
Los libros nos distraen de nuestras preocupaciones.
Los libros nos divierten con humor
y son unos extraordinarios compañeros.

A veces la soledad es terrible
pero sabemos que con los libros nunca estaremos
solos.

Por lo menos yo lo creo así.

Los libros nos hacen viajar en el espacio y en el tiempo.
Y también a otras mentes y corazones.

Los libros crean lugares exóticos y pocas veces vistos.
Los libros también nos desvelan lo que tenemos delante
y no somos capaces de ver.

Los libros encierran todo lo que somos.
Los libros nos hablan de fragilidad, de héroes,
de lo terrible y lo cruel,
de lo noble y lo bello, de la hermosura y de la pureza.

Los libros nos ayudan a comprender
cuál es nuestro lugar en el mundo
y a adentrarnos en nosotros mismos.

Esto nos hace más conscientes y capaces de ser libres.
El parecido entre las palabras libre y libro es curioso,
¿verdad?
A lo mejor no es casualidad.

Los libros son peligrosos.
Por eso, los amantes del pensamiento único político

o religioso, o de las dictaduras,
tienen miedo a los libros
y censuran a los escritores.

Por todo esto es importante educar en la lectura.
También es necesario impulsarla y favorecerla
para trabajar la libertad, la felicidad y la verdad.
Todo esto a favor de la verdad
que solo el arte nos puede mostrar con mentiras,
como se hace en el teatro.

La imaginación llega a donde no llega el entendimiento.
La literatura, la lectura y la escritura
son una forma de consciencia, experiencia y existencia.

Los poemas y los libros nos hacen existir
en muchos sitios.
Nos permiten vivir y sentir vidas con alegrías,
aciertos, errores y tristezas.

En cada página y en cada verso
dibujan el mapa de lo que somos.
Dibujan nuestra parte humana que es la de todos.
Y la parte animal que repite nuestros gestos.
Sobre todo el gesto de abrir un libro
y entrar en él como si fuera un bosque.

Los libros nos enseñan aquello
que decía Sancho Panza en *Don Quijote*
- La mayor locura de un hombre es dejarse morir
sin que otras manos le maten.

Uno puede despertarse una mañana
convertido en un insecto repugnante
pero puede seguir amando la música.
Esa suave melodía de violín
que tocaba su amada hermana Grete.
Esto es una reflexión de *La metamorfosis* de Kafka

Los libros nos enseñan que hay miradas quietas
como si fueran aguas que se detienen.

O pupilas donde todo ha sucedido
y otras que aún conservan el brillo.

También nos dicen que las palabras sanan
a quien las escribe y a quienes las leen.

Contar historias alarga la vida.
y hasta pueden salvarla.

Las cenizas en las que se convertirán nuestros cuerpos
tendrán razón de ser si hemos amado
o si hemos tenido valor de amar.

Como decía Quevedo:

- Serán ceniza, mas tendrá sentido.

Polvo serán, mas polvo enamorado.

Aún sin ser ni honesto ni piadoso
un hombre puede ser valiente y llamarse Alatriste.

Alatriste es un personaje de Pérez Reverte

Jorge Manrique nos enseña
que son ríos nuestras vidas que dan lugar al mar.
Y que allí todos somos iguales.

O como decía Pablo Neruda.
- Que tiritan los astros a lo lejos.

Y que volverán las oscuras golondrinas
en nuestro balcón sus nidos a colgar.
Como decía Gustavo Adolfo Bécquer.

Tolstoi en su novela *Ana Karenina* decía
que todas las familias felices
se parecen las unas a las otras.
Mientras que las infelices son cada una a su manera.

También nos enseñan que uno puede ser víctima y
verdugo y no ser malvado.

Como decía Pascual Duarte:
- Yo señor no soy malo.

Los libros nos enseñan que para recordar la infancia
solo necesitamos un patio andaluz
en el que madura un limonero.

O como decía la Celestina
- A quien revelas tu secreto das libertad.
Y más vale el disfrute que las riquezas.

Miguel Hernández decía
- La cebolla es escarcha.
Escarcha cerrada y pobre.

Los libros también nos dicen
que las tinieblas tienen corazón
como en el libro *El corazón de las tinieblas*.
Y que la tierra tiene corazón
como en el libro *Viaje al centro de la Tierra*.

Y que todo en la vida dura unos instantes.

Ya sea un golpe o una caricia.

Los libros son sabios y generosos.

Cada persona los lee de una manera
y los interpreta de modo distinto.

Cada persona los siente de una forma diferente.

Los libros nobles y sabios nos hacen libres.

Cada momento de nuestra vida podemos leerlos,
y lo hacemos de distinta forma.

El texto es siempre el mismo y a la vez no lo es.

Está acabado y a la vez no lo está.

Parece cosa de encantadores y hechizos.

Los libros existen solo a través del lector.

Los lectores les dan voz y vida a los libros.

Los libros serían papel con signos escritos sin el lector.

Nada más.

Los lectores no debemos olvidar
que somos necesarios para los libros.
Los libros nos necesitan.

La magia de la literatura no puede desaparecer.
Tenemos que aprender a escuchar los libros
y cuidar su verdad y su secreto.

Los libros son como ríos hondos con mucha agua,
agua misteriosa.

No hay nada que encierre tanto misterio como un libro
aunque lo puedas ver y tocar.

Cuando terminamos un libro y lo cerramos
nos quedamos sonrientes o emocionados.

Y nos hace pensar en el parecido que tienen
la vida y la literatura.

Elogios de la lectura:

- 2002 *Elogio de los libros*. Álvaro Valverde.
- 2003 *El festín de Alejandría*. José Luis García Martín.
- 2004 *Tampoco a mí me gusta* (elogio adolescente de la lectura).
Javier Rodríguez Marcos.
- 2005 *Quijotes*. Antonio Sáez Delgado.
- 2006 *La lectora salvaje*. Isaac Rosa.
- 2007 *La Vida silenciosa*. Ada Salas.
- 2008 *Sitio de todos*. José Antonio Zambrano.
- 2009 *La lectura como recompensa*. Irene Sánchez Carrón.
- 2010 *En el principio fue el sonido*. María Rosa Vicente Olivás.
- 2011 *La Vida que nos damos*. Basilio Sánchez.
- 2012 *Inventario del infinito*. Javier Alcaíns.
- 2013 *Las palabras y las cosas*. Antonio Orihuela.
- 2014 *La lectura, qué gran misterio*. Pilar Galán.
- 2015 *Un libro, una pasión*. Laura Rosa Tardío.
- 2016 *¡Desenfunda, forastero!* Elías Moro Cuéllar.
- 2017 *El libro en la era del consumo*. Diego Doncel.
- 2018 *Los libros encendidos*. Javier Pérez Walías.
- 2019 *De la naturaleza mágica y misteriosa de los libros*. M^a José Flores

Día Internacional del Libro

23 de abril de 2019

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

<http://lecturaextremadura.juntaex.es>



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura e Igualdad